

Fraternidad Laica Cisterciense "Santa María de las Escalonias"
Carta de Caridad

PREÁMBULO

La Fraternidad Laica Cisterciense "Santa María de las Escalonias" nace con vocación de continuidad, de transcendencia a futuras generaciones y de universalidad en su actuación, como no podía ser de otra forma en una asociación católica. Pero también y por ello consideramos muy necesaria la comunión con otras fraternidades cistercienses.

Por ello, se ha considerado conveniente dejar establecidos unos objetivos claros y precisos y unas pautas de conducta para su consecución que no pueden olvidar los objetivos y pautas de otras comunidades laicas cistercienses.

Por otro lado, nos ha parecido conveniente, designar este documento con un nombre que utilizara en su día la Fraternidad del Císter a cuya espiritualidad nos acogemos: CARTA DE CARIDAD.

Se trata en realidad de fijar las líneas organizativas, pero de manera que sobre la racionalidad de este planteamiento planificador y organizativo prevalezca la virtud de la Caridad que es finalmente el motor de nuestros actos. Por este motivo hemos preferido utilizar la denominación "Carta de Caridad". No obstante, creemos conveniente hacer antes algunas consideraciones previas en cuanto a la Fraternidad propiamente dicha ya sus relaciones espirituales e institucionales.

¿Por qué?

Ya sea por intuición, ya por un proceso de racionalización, los actos del ser humano siempre tienen un por qué. Si la Fraternidad se propone acogerse al carisma cisterciense no es por una cuestión romántica al estilo decimonónico, sino por el **convencimiento de que ese carisma puede ser exportado e implantado en la vida laica ordinaria.** Así el tesoro espiritual que crece continuamente en los cenobios no quedará estéril, sino que se expandirá al resto de la comunidad cristiana.

Hay que precisar, además, que:

- a) Quien desee seguir este camino debe hacerlo, por un lado, desde una postura vocacional personal y, por otro, desde el convencimiento de

Carta de Caridad

que la mejor forma de vivir esa Llamada de Dios es en comunión con los hermanos.

- b) Quien desee seguir este camino debe asumir que su misión es dar testimonio de Cristo, como cualquier cristiano, pero desde una posición de oración y contemplación; instaurar el Evangelio en su vida, como cualquier cristiano, pero bajo la interpretación del Mismo que hace la Regla de San Benito

¿Cómo?

El objetivo parece estar claro. Casi tanto como que la vida monástica tiene unas particularidades que dificultarían su traslado e implantación en la vida ordinaria, sin una previa adecuación, y casi tan claro como que la Comunidad Cristiana no debe perderse la aportación cisterciense.

La vida cristiana en general tiene un fin común: la búsqueda de Dios. Sin embargo, desde un punto de vista cisterciense, esa búsqueda tiene una forma especial. Se trata en efecto de una búsqueda, pero de una búsqueda activa en tanto que el individuo no se sienta a esperar, sino que inicia un camino de conversión, de preparación continua en el estudio, en la oración, en la meditación y en la contemplación.

Así:

- a) Frente a la complejidad de la vida ordinaria, debemos poner y difundir la **sencillez**.
- b) Frente a la soberbia del hombre que, creyéndose dueño de la Creación, pretende manejar ésta a su antojo para conseguir satisfacer sus caprichos, debemos poner y difundir la **obediencia** de aceptar la Voluntad de Dios, no como resignación de quien no puede hacer otra cosa, sino como quien libremente se somete a Ella.
- c) Frente a esa misma soberbia que, en su día, precipitó a Satanás a los infiernos debemos poner y difundir la **humildad** de quien conoce su auténtica naturaleza de hijos de Dios, sí, pero solo por medio de Su Gracia.
- d) Frente al derroche, al consumismo y a la superficialidad de este mundo contemporáneo nuestro debemos poner y difundir la **pobreza Evangélica, vivida en la sencillez y la austeridad**.
- e) Frente a la saturación de mensajes de todo tipo que bloquean nuestra mente y agobian nuestro espíritu, debemos anteponer y difundir el **silencio**.
- f) Frente al egoísmo que aísla al individuo del resto de la comunidad debemos poner y difundir la **vida en comunión**.

Carta de Caridad

g) Frente al espíritu racionalista que idolatra la razón e impera en nuestra sociedad, debemos poner la demostración de las obras. Dios es incomprendible para la mente humana. Todo lo que persiga analizar, diseccionar, justificar,... al propio Dios o sus designios, está llamado a caer en el vacío y al fracaso. Frente a eso solo podemos poner **nuestra Fe, nuestra Esperanza y nuestra Caridad**, manifestadas, no con palabras, sino con las obras: confiar en Él, abandonarnos en Él y transmitir su Amor amando hasta la máxima expresión que requiera la Caridad.

Si quisiéramos resumir, podríamos decir que se trata de un CAMBIO DE PRIORIDADES que, en definitiva, nos lleva a tomar conciencia de que somos ciudadanos del cielo y que nuestro destino no termina aquí.

¿Por qué una Comunidad Laica Cisterciense?

Cuenta san Marcos en su Evangelio, Mc, 3, 20-35, como Jesús responde a quienes le avisan de que su madre y sus hermanos están fuera de la casa y quieren verlo: «Estos son mi madre y mis hermanos. Porque el que cumple la voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre».

Pues bien, en el origen de una comunidad cristiana se encuentra siempre esta idea: se trata de constituir una nueva "familia" en la que todos persiguen cumplir la voluntad de Dios. Una comunidad laica cisterciense no es una excepción, ni mucho menos. Orar juntos, buscar juntos, santificarse juntos, ayudándose unos a otros, es la mejor forma, incluso podríamos afirmar que la única, de experimentar nuestra integración en el Cuerpo Místico de Cristo. Al igual que ocurre en el entorno familiar donde los padres transmiten a los hijos y los hermanos mayores a los más pequeños sus experiencias y su conocimiento, la gran familia cisterciense desea transmitir sus experiencias y su sabiduría espirituales. Quien ha profundizado algo en la espiritualidad cisterciense y ha tenido la oportunidad de compartir con los monjes ha podido percibir esa chispa vitalista que solo se detecta en esos momentos de convivencia. El estudio y el trabajo individual ayudan mucho, pero sin esa actividad conjunta de intercambio, el resultado nunca sería brillante.

Vinculación al Císter

Carta de Caridad

Es obvio, por todo lo que llevamos dicho hasta ahora, que nuestra Fraternidad no podría existir sin una vinculación clara a un monasterio cisterciense.

La gestación de la Fraternidad ha sido larga. Surge tomando como base la existencia de un grupo de católicos autodenominados Orden de Santa María de los Pobres Caballeros de Cristo que pretendía y pretende reflejar el primitivo espíritu combativo, esforzado, sacrificado, de los antiguos caballeros medievales y más en concreto de aquellos monjes-soldado que apadrinará San Bernardo y que fueron los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén.

Brota con fuerza en el entorno de Jaén y una gran parte de los miembros actuales de la misma son jienenses, si bien se han ido incorporando personas de otros lugares de España como Sevilla o Madrid. Siendo el Monasterio de Santa María de las Escalónias (Hornachuelos, Córdoba) el más próximo, parecía lógico acogerse a su amparo espiritual. Es esta dispersión la que hace necesaria la existencia de una declaración de principios que unifique los criterios.

Es muy importante **SEÑALAR QUE, si bien el núcleo fundacional de la Fraternidad fue la Orden de Santa María de los Pobres Caballeros de Cristo, ello no impide que puedan incorporarse a la Fraternidad otros cristianos ajenos a dicha orden,** antes al contrario será una experiencia enriquecedora para todos.

Aunque formalmente parecen comunidades diferentes e independientes, el monasterio y la fraternidad, la realidad es que existen unos lazos profundos entre los miembros de ambas lo que genera un sentimiento de comunión que nos acerca a los principios de nuestra Fe. Ello no obsta para que esta comunión espiritual tenga lugar desde el máximo respeto mutuo, especialmente hacia la comunidad monástica, por lo que se procura no interferir en la vida de ésta última.

FUNDAMENTOS DE NUESTRA FRATERNIDAD

Art.1: De la pertenencia a la Fraternidad.

La pertenencia a la Fraternidad solo requiere buscar a Dios con el corazón, desde la sencillez y la humildad, en el silencio de la escucha y en comunión con los demás hermanos, compartiendo ese Tesoro que da Dios a quien lo busca, como manda nuestra Fe, a quienes Esperan y en la Espera comparten en Caridad.

Carta de Caridad

Art.2: De la misión del laico cisterciense.

Decía Su Santidad Juan Pablo II en su exhortación apostólica pos-sinoidal CHRISTIFIDELES LAICI: ***El llamamiento del Señor Jesús «Id también vosotros a mi viña» no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquel lejano día: se dirige a cada hombre que viene a este mundo.***

En el Sínodo celebrado en 1987 y al que hace referencia la exhortación, los Padres Sinodales advierten a los laicos sobre dos peligros un tanto contrapuestos pero igualmente perniciosos. El primero es sus abandonar sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político por sus responsabilidades eclesiales. El otro es independizar sus actividades en la Fe y en la vida.

Pues bien, los Laicos Cistercienses estamos convencidos de la posibilidad de difundir los beneficios de la vida monástica en nuestra sociedad. Para ello es de suma utilidad seguir, en todo lo posible, los consejos de San Benito en su Regla de Vida. No somos monjes eremitas que vivamos en la sociedad civil, pero aislados de ella. Sino que procuramos impregnar nuestra vida en la sociedad con el carisma del Císter.

Art.3: De la hospitalidad.

Del mismo modo que todo monasterio acoge a los monjes que llegan, nos parece oportuno y es también nuestra voluntad que ningún hermano, sea monje o laico, se sienta extraño en una ciudad en la que habiten otros hermanos; que todos los hermanos guarden las costumbres, el canto y todos los libros necesarios para las Horas Litúrgicas y para las Misas conformes con las costumbres y libros del Císter, para que no haya ninguna diferencia en nuestro modo de obrar, sino que todos vivamos en una única caridad, bajo la única Regla y con idénticas costumbres.

El uso de las nuevas tecnologías, si se hace con mesura, puede contribuir a esta puesta en común, ya que desde un único origen se podrán difundir las mismas lecturas, oraciones y peticiones para todos los hermanos.

Art.4: Del trato con nuestros hermanos cistercienses.

El respeto a las normas de vida propias de cada monasterio y a la Regla ha de tenerse muy presente cuando un hermano de la Fraternidad sea acogido en cualquier monasterio de la Orden, de forma que procurará, en todo y por todos los medios, no alterar la vida monástica y someterse a la voluntad del Abad o del Prior de aquella casa en tanto dure su estancia en ella.

Art.5: De la sencillez.

Cuando empezamos a entender la Palabra de Dios, nos damos cuenta de las múltiples ataduras a que nos somete la vida civil y lo sencilla que en realidad es la Ley del Señor. Tan sencilla que en realidad se reduce a amar.

El laico cisterciense ha de tener muy presente en su vida ordinaria este consejo evangélico "sed sencillos como palomas" lo que no está exento de la segunda parte del consejo "sed prudentes como serpientes".

Art. 6: De la obediencia.

Decía San Bernardo: "**cuando la gracia realiza la salvación, el libre albedrío coopera con su consentimiento, es decir, acepta la salvación**". He aquí la razón de ser de la obediencia. La aceptación de la Voluntad de Dios en todo es la única obediencia que se nos exige.

Art. 7: De la humildad y la pobreza evangélica.

Decía San Bernardo explicando a San Benito que "(...) **el que ha exigido la humildad, llevará a la verdad**".) Y es que como el mismo santo indica antes: "**La humildad podría definirse así: es una virtud que incita al hombre a menospreciarse ante la clara luz de su propio conocimiento.**", o sea que solamente el conocimiento y la razón humana nos descubrirán la Verdad si los aplicamos desde la humildad.

En la sociedad civil de nuestros días, el hombre cae fácilmente en la tentación de sobrevalorar la potencia de su conocimiento y de su inteligencia, llegando a creer que puede llegar a dominar todo. Por eso es una tarea importante para un laico cisterciense profundizar en el conocimiento humano, aportando el faro de la humildad, aplicándolo a nosotros mismos y enseñándolo a los demás.

El apego a los bienes materiales, la obsesión por el cuerpo cuando tan a menudo cae en el hedonismo, la preocupación por tener, la falta de personalidad, los complejos de inferioridad y el hastío de una vida subjetivamente monótona, entre otros motivos, empujan a muchos contemporáneos nuestros a crear ídolos cada vez más absorbentes, desde videojuegos hasta actividades físicas peligrosas, adictivas de la adrenalina, pasando por la simplona cultura del ocio, olvidando lo enriquecedor de compartir, de dar y, en definitiva, de amar. Es ese mundo el que espera el mensaje liberador de Cristo, aunque absorto en su propia desgracia, seguramente lo ignore. Y para poder presentar y hacer comprender la potencia de este mensaje, es necesaria la pobreza evangélica que Cristo nos pide. Es por ello que quien quiera ser laico cisterciense ha de ser pobre en apetencias, austero en sus necesidades y buen administrador de los bienes de todo tipo que Dios ha puesto a nuestra disposición, porque hemos de conservarlos y aumentarlos para calmar las necesidades de nuestros hermanos.

Carta de Caridad

Por la misma razón, la pertenencia de un cristiano a la Fraternidad no puede suponer carga económica alguna, ni en el momento de la admisión, ni posteriormente, más allá de lo su Caridad le exija.

Si algún hermano cayese en extrema pobreza, el hermano que conozca el caso lo expondrá al resto de los hermanos con la debida discreción y respeto hacia el hermano afectado. Entonces, todos los hermanos, movidos por una ardiente caridad, se apresurarán, cada uno según sus posibilidades, a socorrer la pobreza de dicho hermano con los recursos que Dios les hubiese dado.

Art. 8: Del Silencio.

Si ya es importante para un monje cisterciense el Silencio, para el laico cisterciense llega a ser una cuestión de supervivencia.

En efecto, el quehacer cotidiano es como un torrente que nos arrastra, superando nuestras fuerzas. Y para resistir, dice el salmo 143: **"Bendito el Señor, mi Roca, (...). Extiende la mano desde arriba: defiéndeme, líbrame de las aguas caudalosas, (...)"**

Pero, aunque el silencio, entendido como ausencia física de ruido, sea fundamental, es aún más importante el acallar nuestra mente de prejuicios de todo tipo, de mensajes perversos y engañosos que nuestra mente recibe y devuelve amplificados, ocultándonos la Auténtica Realidad de Dios e impidiéndonos el acceso a esa Sabiduría de la que Cristo decía: **"Padre, Señor del cielo y de la tierra, te doy gracias porque has ocultado todo esto a los sabios y entendidos y se lo has revelado a los sencillos."**

En efecto, el silencio que se nos recomienda es dejar en suspenso el discurso de nuestra mente, para "admirarnos" de las maravillas de la Creación, para buscar y encontrar a Dios. Dice la autora del Monasterio del Corazón, la hermana Chittister: **"El silencio es una de las piedras angulares de la vida y el desarrollo espiritual benedictinos, pero el propósito del silencio monástico no es no hablar. El propósito del silencio monástico, y del hablar monástico, es el respeto a los demás, el sentido del lugar, un espíritu de paz. La Regla de San Benito no llama al silencio absoluto, sino a un hablar juicioso."**

Art. 9: De la vida en Comunión.

Uno de los mayores peligros a que está sometido el laico cisterciense es el aislamiento y tras él el egoísmo.

Si bien sus circunstancias personales, las obligaciones familiares y sociales, las laborales, etc., pueden dificultar la comunicación con otros laicos y más aún con los propios monjes del monasterio, no es menos cierto que las nuevas tecnologías ponen a su alcance medios que ayudan a salvar las distancias físicas. Los chat de Whatsapp, el correo electrónico, las videoconferencias, etc. son un buen ejemplo de ello.

Sin embargo, hay "algo" aún más potente: el Cuerpo Místico de Cristo. Es en la entrega integral a Cristo donde se disipan las diferencias, donde se acercan posturas, donde se comparten experiencias, donde en definitiva sentimos y vivimos como uno solo por, en y para Cristo. Como laicos cistercienses no podemos olvidar los últimos versículos de los Hechos de los Apóstoles, cuando narra la venida del Espíritu Santo: **"Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; 45.vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. 46. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. 47. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar."** (Hechos, 2, 44 y sgtes) Esta idea de Comunión, de puesta en común, ha impregnado siempre la vida cisterciense.

Lejos de toda demagogia, todo esto se traduce en una comprensión fraterna, un sentimiento mutuo que diluye el yo en el tú, que, en definitiva, nos hace comportarnos a imagen y semejanza de nuestro Dios Trinitario: TODOS EN UNO.

Art. 10: Convertirse y ayudar a convertirse,

Decía San Bernardo: "La conversión no se realiza en un solo día. ¡Ojalá pueda llevarse a cabo a lo largo de nuestra vida!"

No es de extrañar que el discernimiento sea una fase previa fundamental en la vida monástica: el camino es duro, muy duro; se necesita coraje, espíritu de sacrificio, humildad,... y la Gracia de Dios. La tentación de sentirse solo aparece a cada paso. En el mundo, la inmensa mayoría de las gentes no tiene discernimiento; la mayoría no tiene elección; la mayoría queda

Carta de Caridad

esclava, sin saberlo, de las cosas del mundo, cuando no de las pasiones o, peor aún, de la maldad de Satanás.

Dice el Salmo 61: "Sólo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación; sólo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré."

La constancia que entrañan las palabras de San Bernardo contrasta con la inmediatez que parece presidir la vida en nuestra sociedad, ¿qué ciudadano del mundo puede poner su esperanza en algo que no ve y que requiere toda una vida para ser conseguida?

¿Qué ciudadano de este mundo va a emplear el poco tiempo de que cree disponer para discernir su camino de salvación? Y, si es capaz de hacerlo, ¿encontrará su roca de salvación a la que agarrarse cuando las aguas del torrente de la vida lo arrastre a un fin no deseado?

La Fraternidad Laica Cisterciense de Santa María de las Escalónias cuenta entre sus miembros con personas de muy diferente y distante procedencia. Parodiando a los autores cistercienses clásicos nuestra llegada al monasterio ha sido el inicio de nuestra conversión: una vuelta a Dios desde una región lejana. Pero, no sería una auténtica conversión si se quedara, si se pudiera quedar, solo en nosotros. Cuando Dios nos ha puesto al alcance de la mano su Roca de Salvación que es el Monasterio, ¿podemos nosotros resistirnos a servir a Dios en su Plan de Salvación?

Habiendo como hay tanto ser humano, sin esperanza, viviendo la vida como quien apura un vaso de vino, arrastrados por las aguas esclavizantes del materialismo, ... tenemos la obligación de compartir ese beneficio espiritual, propiciando que la Gracia de Dios nos convierta en Rocas de Salvación en nuestros respectivos entornos. Roguémosle, pues: ¡Ayúdanos, Señor, a ayudar!

